

La Casa del Naranja: testimonio arqueológico y preservación

Las obras necesarias para el emplazamiento de la sede del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires implicaron la unión del edificio antiguo preexistente con el lote vecino, donde existía aunque muy en ruinas, una pequeña casa de finales del siglo XVIII. Todos sabemos que Buenos Aires no es pródiga en ejemplos del período colonial, por lo que la conservación en el interior del edificio moderno de parte de esa construcción ha sido un logro notable que hoy aprecia el visitante. Al igual que su fachada, este edificio es también su propia historia, por lo que en consonancia con esa idea se rescató la cimentación completa de la antigua casa para ser exhibida en el interior del nuevo museo: la continuidad de la historia en el propio museo que es él mismo una historia de la búsqueda interminable de la modernidad.

La casita que allí existía había sido construida por Don Nicolás de la Rosa posiblemente hacia 1798 quien murió trágicamente durante la Primera Invasión Inglesa, seguramente sin poderla disfrutar. Pero la casa estaba fuera de la ciudad, en lo que se llamaba el ejido, tierras ahora llamadas fiscales. Cuando comenzó a regularizarse la tenencia de esos terrenos, la viuda con sus tres hijas se dirigió a un juez pidiendo los papeles de la propiedad a nombre de ella y sus hijas, lo que logró en poco tiempo. En los siguientes diez años todo el entorno del Buenos Aires de aquel entonces fue repartido por el Cabildo para que la ciudad se extendiera más allá de lo que imaginó su fundador en 1580. Ya era una ciudad de crecimiento acelerado.

La casa tenía un sector más antiguo y obras que Don De la Rosa debería haber estado finalizando cuando falleció: se trataba de un bloque de tres ambientes con un zaguán hacia el patio posterior con una simple fachada de la época. Una casa más que modesta. Esta había sido construida en el interior del lote ya que aún era raro que se usara la línea de fachada sino que se dejaba un espacio al frente con una galería sobre columnas de madera. Se había comenzado a construir a partir de ese grupo central, cuyos restos en la actualidad vemos bajo vidrios, un patio cuadrado con sala a la calle que se terminó años más tarde. En su centro había un árbol, un gran naranjo que le dio el nombre a la casa el siglo siguiente. En el terreno del fondo de la vivienda, lo que era habitual, se cultivaban frutas y hortalizas y había un aljibe en un pequeño cuarto unido a la cocina; era una típica casita suburbana modesta.

La excavación arqueológica mostró que los primeros años la casita tuvo piso de tierra que en el inicio del siglo XIX se cubrió de ladrillos de gran tamaño. Medio siglo más tarde se le agregó un nuevo piso de baldosas francesas. En la pieza ubicada en el oeste, bajo esos ladrillones, aún estaba el fogón de barro original, puesto sobre el piso como en todo buen rancho porteño. Era interesante porque en lugar de ser un fogón de forma circular tenía forma triangular, quizás para que fuese más cómodo colocar encima una parilla de tradición española en forma de trípode (llamados trébedes) que sostenía la olla para cocinar. Dentro del fogón se encontraron huesos de la comida ya que era costumbre pampeana usarlos como leña ante la falta de madera y no faltaron partes de platos rotos del siglo XVIII que nos sirvieron para fechar esa estructura.

Las paredes más antiguas no tenían revoque alguno, rasgo muy moderno de nuestra arquitectura: los ladrillos estaban unidos con barro y la cal se usó sólo sobre ventanas y puertas. Luego se procedió a darle una mano de cal líquida color rosa pálido, casi amarillenta al oxidarse el ferrite, color típico colonial. Eran muros rugosos, fuertes, pesados, que sostenían un techo "a la moderna", es decir una terraza plana cubierta de baldosas, nueva moda del siglo XIX. La construcción más antigua era de dinteles curvos, en la más moderna ya eran rectos. Los marcos de puertas rescatados eran tallados a mano y sin un solo clavo en su armado. Las grandes vigas de la techumbre eran de troncos de palmeras.

Daniel Schávelzon

Doctor en arquitectura, director del Centro de Arqueología Urbana (IAA_FADU_LUBA) e investigador principal del CONICET. Ha fundado el Área de Arqueología del Gobierno de la Ciudad actualmente en la Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico.



1



2



3



4



5



6



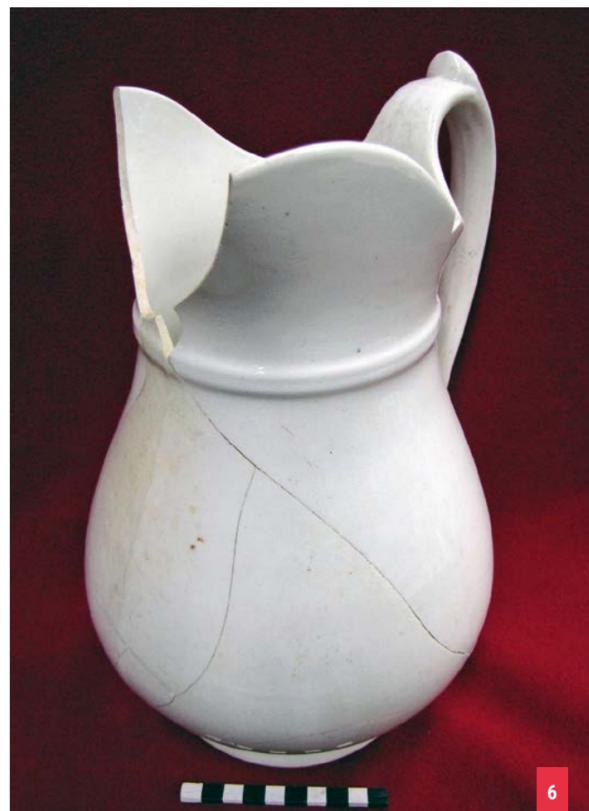
7



8

1. Vista de la casa en ruinas en San Juan 338, al centro el grupo de estructuras más antiguo.
2. Inicio de las excavaciones arqueológicas y aparición de los primeros ladrillos y parte del piso del patio.
3. Fogón de barro sobre el piso de tierra original del siglo XVIII en la sección más antigua de la casa.
4. Piso de ladrillos, el primero de la casa hecho a inicios del siglo XIX, debajo de otros posteriores.
5. Fachada de la sección más antigua de la casa en el año 2000.
- 6 y 7. Intervención de limpieza y consolidación de restos arqueológicos.
8. Últimos trabajos en el Auditorio para la exhibición de los restos arqueológicos hallados en el lugar.

La excavación permitió encontrar centenares de fragmentos de la vida doméstica de la casa, desde una bala de cañón de hierro (suponemos que el propietario era militar) hasta fragmentos de platos de cerámica española y local, vidrio de vasos, cubiertos, huesos de comidas, jarras y el cierre metálico que era habitual en las biblias para protegerlas. El conjunto, ordenado y clasificado para las diferentes etapas de uso de la casa, mostró que siempre fue una casa modesta, en la que se consumían alimentos simples y se usaba vajilla de costo mínimo. La habitación ubicada al Este, al igual que la cocina cambió mucho con los años: la puerta de dintel curvo se hizo horizontal para ser más moderna, se empapelaron las paredes y se le colocó piso de madera. Por suerte para nosotros entre esas tablas se colaron docenas de objetos que nos muestran que era un cuarto usado por los niños y niñas: allí había bolitas, aros de juguete, monedas, pizarras escolares y docenas de tinteros rotos y escondidos. Seguramente allí estudiaban y jugaban.



6



7



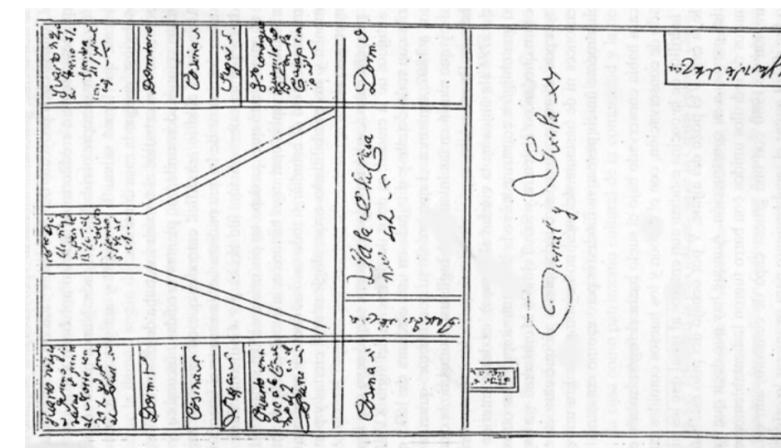
8

Hoy podemos apreciar bajo vidrios protectores los cimientos de los tres ambientes de piso de tierra y el zaguán hacia el patio posterior de la casa¹. Y resguardados por el Gobierno de la Ciudad se encuentran los objetos recobrados de la que fuese la vivienda más antigua y estudiada de Buenos Aires. Son docenas de fragmentos de la vida doméstica que ya han sido restaurados y protegidos para futuras generaciones².

De esta manera, el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires exhibe de forma permanente su propia memoria construida, lo que fue y lo que es, el gran trabajo hecho para conservar lo que quedó de esa construcción a su vez sostenida por una gran estructura de hormigón, hoy invisible, pero que hizo posible que esto quedara como testigo para las generaciones futuras.

Bibliografía

Schávelzon, D. (2012) *La Casa del Naranjo, arqueología de la arquitectura en el contexto municipal de Buenos Aires*, Buenos Aires. Aspha Ediciones.



- 1 Los trabajos de limpieza y restauración para la exhibición fueron hechos bajo la dirección de la Dra. Ana Igareta.
- 2 Se encuentran en la Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico del GCBA.

- 6 Jarra de loza inglesa encontrada dentro del aljibe de la casa, restaurada; el pico había sido alterado adrede seguramente después de una rotura.
- 7 Bacinica de loza inglesa decorada con flores pintadas a mano.
- 8 Moneda de la Provincia de Buenos Aires de 1856.